

FRAGMENTO DE “EL PRÍNCIPE Y SU TRAJE AZUL” DEL LIBRO CUENTOS DE URIBE KOSTA:

Tenía un día muy ajetreado, a las 8:00 reunión con el gabinete de comunicación, a las 10:30 *meeting* con el ministro japonés de asuntos exteriores y a las 13:30 comida con el comité de empresarios de su país. La tarde no estaba menos exenta de tareas relevantes, a las 17:00 coger el avión para ir a la comarca más sureña de su pequeña nación y visitar el hospital con los niños y niñas asediados por el cáncer de vesícula. A las 22:00 debía de estar de vuelta en su palacio donde le esperaba la limusina privada para ir a buscar a la nueva candidata al trono.

La llevaría a cenar al Shakemoon y trataría de tener una velada tranquila, correcta y profunda para terminar de conocerla y saber si cumplía sus expectativas como mujer y futura princesa del reino. Sus tres últimas relaciones de tres, uno y dos años habían resultado un fiasco. Todas sus novias habían terminado por dejarle por no dedicarles el tiempo y la atención suficiente. Ninguna fue capaz de aceptar que él era el príncipe de la nación y como tal, tenía grandes e imperiosas responsabilidades que atender. Desde pequeño su padre le había inculcado lo importante que era atender las obligaciones, ser responsable y trabajar todo el día para ser un hombre de provecho digno de llevar la corona y el apellido familiar. «Tu abuelo luchó en la guerra contra los nórdicos y yo tuve que levantar de la ruina a la familia, ahora te toca a ti darlo todo, cueste lo que te cueste.» le decía su padre con rigidez cuando era joven. Le angustiaba la idea de perder otra mujer sin ni siquiera saber por qué. Sufría la presión social en sus carnes e incluso le provocaba un cierto tartamudeo en las primeras citas. Tenía ya treinta dos años y corrían sucios rumores que le acusaban de ser una persona indecisa, complicada e incapaz de tener una relación estable como la “mayoría” de los mortales.

Se puso frente al espejo para afeitarse y se quedó clavado mirando sus ojos bucólicos. ¿Qué era ese vacío que sentía en su interior? ¿Por qué no era

capaz de tener una relación en condiciones? ¿Tal vez eran esas ganas de vivir y experimentar insatisfechas que tuvo de joven? Podía ser, pero la verdad es que no tenía ganas de vivir aventuras. Ya viajaba demasiado y además ya había aceptado la imposibilidad de vivir una vida fuera de las directrices. Se lavó la cara y se aplicó la crema antifatiga para intentar paliar las arrugas del cansancio que comenzaban a formarse como montañas de lava. Fue a su vestidor, que era como estar en el mismo cielo por la amalgama de azules que se fundían entre trajes, corbatas, zapatos y americanas. Cada uno de los trajes tenía su propósito y momento. Sus asesores de imagen le habían explicado que según la situación y la imagen que quisiese proyectar debía de utilizar uno u otro. Pero independientemente de lo que le dijeran, él tenía claro que siempre con el azul de por medio. Desde pequeño siempre había sido su color preferido y ya formaba parte de su propia identidad. El azul marino se lo ponía en los eventos más serios, el azul celeste en los más divertidos, el azul zafiro con rayas claritas en los más bohemios, el azul turquesa en los más provocativos...

Respiró hondo y miró su Cartier estampado en diamantes del Congo y pulidos en Suiza. Eran las 7:14 y aún no había decidido cuáles se iba a poner para ese día que se le antojaba complejo y de una versatilidad ambigua. Por la mañana se pondría el azul humo, a la tarde el azul con rombos verdes y para la noche estaba en duda entre el azul celeste con el pañuelo morado pastel sobresaliendo del bolsillo del pecho o el azul oscuro con rayas violetas. Malen era una chica alegre, feminista y con carácter. Él quería dar una imagen similar, así que se pondría el azul celeste que era más atrevido y enérgico.

Desde muy temprana edad sus padres le apuntaron a clases de piano, inglés, francés, ajedrez, cerámica, luego en la adolescencia a teología, emprendimiento, contabilidad, comercio exterior y chino entre otros. Todo ello lo compaginó con deportes como fútbol, atletismo, tiro con arco, golf y natación. Lo del deporte de vela lo consideraba un hobby más que un deporte pese a la exigencia que le habían impuesto, de hecho era la única actividad con la que conseguía relajarse y desconectar. No por ello dejó de sacar buenas notas en

su carrera militar en la escuela naval y en la academia general del aire. A lo largo de su vida había aprendido todo tipo de materias, excepto lo relativo al amor, los sentimientos o las emociones; sin embargo, había sacado matrícula de honor en protocolo de príncipe y caballero.